

Allí está la fuente de nuestras afecciones, el foco de la vida.

Si no dominamos el corazón, el hombre se escapa con lo que tiene de más precioso y más fuerte.

Cristo que ha reinado, como Dios, sobre las inteligencias, ha reinado, también como Dios, sobre los corazones.

Su reinado sobre el corazón de la humanidad, viene á darnos una nueva, brillante prueba de su naturaleza divina.

Reinar es, como ya lo dijimos, dirigir con autoridad, gobernar según una ley.

¿Cuál es esa ley, en el gobierno de los corazones?

¿Qué cosa es lo que triunfa de ese poder íntimo, de esa potencia, al parecer, tan débil, y, sin embargo, tan vigorosa, como la voluntad humana?

El temor, con evidencia, es impotente para gobernar los corazones.

El temor podrá reprimir los arranques del corazón, podrá encadenar su vuelo, podrá poner sobre él una mano de hierro; pero nunca podrá impedir que palpite, que palpite libremente, que palpite por quien él quiere y que palpite todo el tiempo que le plazca.

En medio de las cadenas, bajo la presión de las violencias, el corazón queda libre siempre.

Los generosos cristianos de los primeros siglos decían á los Césares que les arrebataban sus bienes, sus familias y hasta la vida: Nada importa; nos queda un tesoro que no podéis arrebataros, es nuestro corazón y este corazón es para Dios.

No es el temor el que gobierna los corazones y el que triunfa de ellos.

Tampoco los domina el respeto; el respeto no penetra el corazón.

Se respeta al genio, á la autoridad, y, sin embargo, no se da el corazón á todo lo que posee una alta inteligencia, á todo lo que lleva una espada temible.

Y es que hay cosas que inspiran respeto, sin hablar al corazón.

Cuando en los primeros días de la infancia, una figura angélica se inclina sobre nuestra cuna para recibir nuestros suspiros y secar nuestras lágrimas, al contacto de esos labios castísimos que encierran una mezcla de pureza y de ternura, sentimos que nuestros corazones se escapan.

Cuando más tarde el testigo y confidente de nuestros años juveniles llama á la puerta de nues-

tro corazón, le abrimos también el santuario de nuestra alma.

Si Dios no reserva para él nuestra vida entera, encadena nuestra libertad un nudo indisoluble y sagrado.

Es decir, que lo que gobierna y triunfa de los corazones no es ni el temor ni el respeto, es el amor.

Así es que, reinar sobre los corazones, es gobernarlos por el amor.

El hombre puede gobernar un corazón, pero es un gobierno muy limitado.

El amor de un hombre se encierra en una familia, en un pequeño círculo de amigos, en un pueblo, cuando más en una nación.

Esta es la extensión del amor humano.

Pero si es reducido en la extensión, no lo es menos en la profundidad.

La ausencia debilita su imperio; el interés sabe convertir en odio el amor más profundo.

Ha habido en la humanidad muchos hombres que se han sacrificado por aquellos á quienes aman; pero esto no es lo común.

Muchas veces, y esto es lo más frecuente, el amor no sabe beber el cáliz del infortunio, no sa-

be comer el pan del destierro, no sabe compartir los horrores de un cautiverio.

Cuando el vencido de Farsalia vino á las costas de Africa, de sus numerosos amigos no le quedó más que un pobre egipcio que recogiendo los restos de una barca, apenas pudo formar con ellos una hoguera para ese romano tan famoso.

El hombre de este siglo que supo excitar el más grande entusiasmo y el más grande amor, no encontró más que tres cautivos voluntarios que lo consolaran en su infortunio.

El amor humano no sólo es reducido en su extensión y en su profundidad; lo es también en su duración.

Nadie ha podido hacerse amar después de su muerte.

El amor no reflorece en la tumba.

Algunos años, un siglo, dos cuando más, son bastantes para que el hombre quede olvidado en el mundo, y si no se le olvida, no se le ama.

No hay un corazón que palpita hoy por Alejandro ó por César.

Hay una frase que revela lo que el hombre puede esperar de los hombres á quienes ama: "Ve, Aníbal, exclamaba Juvenal, domina el Univer-

so durante medio siglo, corre á través de los Alpes helados; después de tu muerte no obtendrás más que una cosa: agradar á los niños y hacerte para ellos objeto de declamación.»

I, demens, i, scævas curre per Alpes
Ut pueris placeas, et declamatio fias.

He aquí lo que el hombre puede obtener después de su muerte, y en consecuencia, el amor que puede tener de sus semejantes es superficial, pasajero y transitorio.

El amor á Cristo ha sido un amor inmenso, omnipotente é inmortal.

El amor de los hombres á Cristo, después de dieciocho siglos, nada ha perdido de su fuerza ni de su energía.

Lejos de ello, el tiempo lo acrecienta y lo consolida.

El amor de Cristo, atravesando las edades, se ostenta siempre inmortal y floreciente.

Nadie ha podido resistir al amor de Cristo.

Cuando el paganismo se le presentó, con sus corazones envilecidos y depravados, él los penetró con los rayos de su amor.

Cuando los bárbaros le oponían la rudeza de sus

costumbres, Cristo supo suavizar esos corazones de fierro, haciéndose amar de ellos.

Cuando en la Edad Media se le ofrecían los odios y divisiones de aquella época, Cristo penetró en las almas, en las que no necontraba asiento la piedad.

Cuando el egoísmo de los tiempos modernos quiere disputarle una vez más el reino de los corazones, se ve que el frío de la indiferencia se deshace poco á poco bajo un fuego que se enciende.

La llama, esa llama inmortal del amor á Cristo, nadie la ha podido apagar en el mundo.

Cuando se extingue en un corazón, se reanima en otro, cuando la tempestad la aleja del Oriente, pasa al Occidente, para abrazar corazones nuevos.

Si el viento de la incredulidad aleja el amor de Cristo de unos continentes, el soplo del apostolado lo hace renacer en regiones lejanas; y revive más fuerte en la tienda del indio, en los bosques del Nuevo Mundo y hasta en los hielos del Polo.

Si un corazón se cierra para Cristo, otros se abren á su amor; lo que una época le quita, la siguiente se lo devuelve centuplicado.

Cristo ha tenido suspensos de su persona á dieciocho siglos por la liga de su amor.

Inmortal en su duración, el amor á Cristo es inmenso en cuanto á la extensión.

No está circunscrito ni á una familia, ni á un círculo de amigos, ni á un pueblo, ni á una nación.

Cristo reina sobre trescientos millones de corazones por el amor, como reina sobre trescientos millones de inteligencias por la fe.

En ningún país del mundo faltan madres que enseñen á pronunciar á sus hijos, con amor, el nombre de Cristo, ni jóvenes que no busquen en ese amor un apoyo á su debilidad, ni ancianos que dejen de murmurar al borde de la tumba el nombre de Cristo, que mezclará un rayo de goce á las amarguras de la agonía.

En todas partes el pobre se acuerda del obrero divino y el rico, cuando ya no tiene lágrimas en sus ojos para llorar sobre sus hermanos, se acuerda del pobre divino, que le devuelve la compasión y las castas delicias de la caridad.

Cuando la fuerza oprime al débil, cuando el soberano olvida que el poder es un servicio y la obediencia un honor, se acuerda de aquel Hijo de Reyes que vino á servir y no á ser servido.

El amor á Cristo ha penetrado por todas las

edades de la vida, y ha recorrido todos los rangos de la humanidad.

Ese amor es el centro del amor de todos los corazones, es el terreno único sobre el cual todos pueden encontrarse.

Ni el interés, ni la nacionalidad, ni el cisma, ni la herejía, han podido destruir el imperio de ese amor.

El cisma de Focio no ha podido impedir que millones de corazones cismáticos se entreguen á Cristo.

Enrique VIII, arrancando á la Iglesia esa isla famosa que se levanta como un gigante en medio de los mares, no ha podido quitar á Cristo el amor de la raza sajona la más grande, después de la latina.

Lutero no ha podido desarraigar ese amor del suelo de Alemania.

Entre esos pueblos y nosotros los cristianos, hay un punto que nos une, á pesar del cisma y de la herejía, el amor á Cristo.

Inmortal en su duración, inmenso por la extensión, el amor de Cristo no tiene medida en su profundidad.

Cuando Cristo andaba en la tierra, se oyó una

frase que es el grito del amor que se inmola sin reserva: "*Ecce nos reliquimus, omnia, et secuti sumus te.*" Mira, Señor, que hemos abandonado todo para seguirte: todo; bienes, familia, patria, honores, riquezas, placeres.

Después de Pedro, muchos hombres han lanzado ese grito y lo lanzan todavía.

Por el amor á Cristo, los misioneros han recorrido y recorren la tierra, despreciando los suplicios y la muerte.

Por el amor á Cristo, los grandes, se hacen pequeños; los ricos, pobres; los amos, sirvientes. Por el amor á Cristo los sabios bajan de sus cátedras para enseñar á los ignorantes; los reyes bajan de sus tronos para ponerse á los piés de los pobres; hijas de los reyes se despojan de sus atavíos para curar á los enfermos. Carlo Magno lava las escudillas en Monte Casino, Carlos V barre los dormitorios de San Yuste, San Luis besa los piés de los pobres, Isabel de Hungría limpia con sus labios las llagas de un leproso.

Hoy todavía, abandonando las dulzuras de la amistad y de la patria, van los misioneros á plantar la cruz en los bordes del Senegal ó en las riberas de la Cochinchina.

El amor á Cristo es el que empuja, el que hace volar á nuestras hermanas y á nuestras madres á la cabecera de los enfermos para cerrar sus heridas, suavizar sus sufrimientos, calmar sus enfermedades.

El amor á Cristo es el que hace que se quiten algunos instantes á los estudios y á los placeres para ir á la casa de los pobres, siguiendo los pasos de San Vicente de Paul, á fin de llevarles, con una palabra de consuelo, el socorro de la caridad.

El amor á Cristo arrastró á multitud de almas á lugares que no había hollado la planta humana; allí tenían en sus manos instrumentos de penitencia que confunden nuestra malicia y hacen contraste con nuestra tibieza.

El amor á Cristo hizo de la inhospitalaria Tebaida, un pueblo de Santos, que han pasado su vida mortificando sus sentidos y domando su carne.

El amor á Cristo hizo á un San Francisco de Asís; á Catalina de Sena, que prefirió á la corona del cielo, una corona de espinas; á Teresa, que tenía sus delicias en sufrir con Cristo ó en morir con él; á Felipe Neri, cuyo corazón rompe las bar-

reras que la naturaleza le opone para lanzarse hacia Cristo.

El amor á Cristo hizo que millones de mártires dieran por él la sangre de sus venas, sacrificaran su vida y confesaran su nombre, bajo la espada de los Césares y á través de las llamas de las hogueras.

Todavía hoy se escucha aquel grito de Ignacio, en presencia de la muerte: "Soy el trigo de Cristo y necesito pasar por los dientes de las bestias, para convertirme en limpio pan, digno de Cristo."

No ha habido un hombre que, como Cristo, haya apasionado así á la humanidad y la haya subyugado por un amor inmenso, omnipotente, inmortal.

Con razón el cautivo de Santa Elena, después de haber probado el poco éxito que alcanzan los hombres en hacerse amar, al ver con su mirada profunda el amor apasionado de los hombres á Cristo, dejó caer de sus labios estas palabras, que son el oráculo del genio: "General Bertrand, me conozco como simple hombre; Cristo es más que un hombre."

No hay duda, el reino de Cristo sobre los corazones, por el amor; prueba su Divinidad evidentemente.

Cristo ha triunfado de las inteligencias por la fe y ha subyugado los corazones por el amor.

Esta doble victoria testifica su divinidad, porque es tan difícil hacerse amar, como hacerse creer entre los hombres.

Y sin embargo, si Cristo es Dios, ha debido tener algo más que el amor y la fe.

La fe y el amor no constituyen un homenaje reservado á Dios, una vez que el hombre también puede merecer cierto crédito, y puede obtener, más ó menos, amor.

Necesítase, entonces, un tercer homenaje reservado á él exclusivamente.

Ese tercer homenaje es la adoración: sólo Cristo ha sido adorado en el mundo.

El hombre no puede, sin locura, pretender la adoración; y Dios no podría compartirla con un ser cualquiera, sin renegar de sí mismo.

Si, pues, Cristo ha logrado que se le adore en la tierra, Cristo tiene que ser Dios.

Y Cristo ha logrado ese homenaje.

La historia del mundo está dominada por un hecho verdaderamente extraño.

Un hombre nace, en un momento dado, sobre un punto del globo; el lugar de su nacimiento es un

establo, su cuna un pesebre, su madre una pobre obrera, su raza la más despreciable de todas las razas.

Gran parte de su vida pasa en la oscuridad, vive la vida de un artesano y corona esa vida con la más ignominiosa de las muertes.

Este es el primer término del hecho que domina la historia del mundo.

Véamos el segundo.

Algunos años después, y aun algunos siglos, este hombre nacido en Belén, artesano en Judea y crucificado en el Calvario, recibe las adoraciones del mundo civilizado, como Dios omnipotente é infinito.

Y esto no ha sido efecto de una idolatría, porque en todas partes donde ese hombre es adorado, la idolatría desaparece, los templos del paganismo se aplastan, los falsos dioses huyen.

Al contrario, cuanto más se purifica la idea del verdadero Dios, más crece, se extiende y se prolonga la adoración á Cristo.

Lejos de debilitarse esa adoración, de un polo al otro del mundo, reyes y pueblos, sabios é ignorantes, se prosternan ante Cristo, adorando su poder, implorando su luz, esperando su perdón.

Del uno al otro extremo de la tierra, del alma del adolescente como del alma del anciano, del alma del justo como del alma del pecador, se eleva hacia Cristo el grito de adoración: *Tú eres mi Señor y mi Dios.*

Este es el segundo término del hecho que domina la historia.

El primer hecho no puede negarse.

El nacimiento de Cristo, su vida y su muerte, están bajo la garantía de dieciocho siglos de examen y de tradición.

Este hecho ha entrado en la trama de la historia, se ha identificado con ella.

El segundo hecho tampoco puede negarse.

La generación actual lo tiene ante sus ojos, lo ve, lo oye, lo toca.

Qué prueba eso?

Estó prueba evidentemente que Cristo es Dios.

Si no lo fuera, esa adoración universal y perpetua sería un fenómeno inexplicable, un efecto sin causa, más bien un prodigio de extravagancia, un misterio de iniquidad, el escándalo de la Providencia.

Humanamente no se puede explicar esa adoración.

Adorar á un hombre crucificado, á los ojos de la razón, es algo insensato.

El culto á Cristo se encontró con toda clase de obstáculos.

Desde luego, esa adoración repugna á los sentidos.

Encontrarse ante un hombre nacido de mujer, ante un artesano, ante un hombre de las dimensiones comunes que un hombre tiene, y reconocerlo y proclamarlo como el Dios omnipotente é infinito, es cosa que el sentido del hombre humanamente no puede aceptar.

Menos puede concebirse la adoración á un hombre de raza despreciable.

Tácito y Juvenal, Suetonio y Pinio, consignan en sus escritos, que la raza de los judíos era universalmente despreciada y aborrecida.

Mucho menos aún se concibe la adoración á un hombre condenado á muerte, á un ajusticiado.

Si Jesucristo no es un Dios, esa adoración á un hombre, á un artesano, á un judío, á un judío crucificado, en modo alguno puede concebirse.

Si la adoración á Cristo, no siendo Dios, es inconcebible, porque los sentidos la repugnan, por parte del espíritu encuentra obstáculos nuevos,

que la harían más incomprendible, si la divinidad no se hubiera hecho sentir en la persona del Redentor de las almas.

Adorar á Cristo, es adorar á Dios, porque sólo á Dios se rinde el homenaje de adoración.

Adorar á Cristo, es reconocer el infinito unido á lo finito, la sustancia increada á la sustancia creada, la naturaleza divina á la naturaleza humana.

Es admitir que Dios y el hombre no hacen más que una sola y única persona, es admitir que la divinidad obra por la humanidad, como el alma obra por el cuerpo.

Esto, á la razón humana, aparece repugnante.

Si Jesucristo no es Dios, qué motivo podría haber para que el espíritu humano se sometiese á esas afirmaciones que parecen contradictorias?

Y sin embargo, así ha sucedido: Cristo ha sido adorado, es decir, se han visto en la persona de Cristo unidas la naturaleza divina y la naturaleza humana.

Los hombres han adorado á los ídolos.

Esto es verdad; pero los han adorado, y esto no es sorprendente, cuando no poseían la idea del verdadero Dios.

Lo que no se explica es que, después de que los hombres han poseído la idea del Dios verdadero y porque la poseen, adoren á un hombre: esto no se explica, si ese hombre no fuera Dios.

Antes de Cristo, el mundo pagano adoraba los ídolos y desconocía al Dios verdadero; después de Cristo, el mundo, el mundo civilizado, conoce al Dios verdadero y adora á Cristo.

Entonces ó Cristo es Dios ó es preciso admitir que el conocimiento del Dios verdadero ha engendrado una idolatría, como no la habría podido producir la ignorancia del Dios verdadero.

¿Esto es admisible? La verdad tiene consecuencias más funestas que el error? ¿Qué sucede, entonces, con la verdad? ¿Qué sucede, entonces, con la divinidad misma? Luego si no obstante las repugnancias del espíritu y la rebelión de los sentidos, la humanidad, conociendo al Dios verdadero, ha consagrado á Cristo un culto de adoración, universal, permanente, claro es que Cristo es un Hombre-Dios.

La adoración á Cristo encontraba obstáculo en los sentidos y repugnancia en la inteligencia.

Encontraba, también, un obstáculo por parte del corazón.

El orgullo humano tenía que levantarse contra la adoración á un hombre crucificado.

Y, sin embargo, el orgullo del hombre se ha puesto de rodillas á los piés de ese hombre clavado en una cruz.

Si ese hombre no es Dios, tal adoración es inexplicable.

Y lo que más admira es que, después de haberse postrado á los piés de ese crucificado, es cuando el hombre se ha levantado con una noble altivez; á partir de esta humillación profunda, es cuando ha tenido conciencia de su elevación, de su dignidad.

Una vez más, si Cristo no es Dios, esto no se explica.

El orgullo humano ha podido plegarse al culto de los ídolos: no sería, por lo mismo, admirable que, poniéndose á los piés de Cristo, doblase la rodilla ante una creatura.

Una palabra basta para deshacer este argumento.

Adorando á los ídolos se prosternaba el hombre ante la obra de sus manos.

La idolatría era la más alta satisfacción del orgullo.

Cristo, al contrario, se ha impuesto á la humanidad, le ha prescrito el culto de su persona, á pesar del orgullo humano y á despecho de él. "Es necesario, decía, que todos honren al Hijo, como honran al Padre."

Es, entonces, claro que si la soberbia del hombre se ha sometido á la adoración de un crucificado, este crucificado es Dios, ó tal adoración es una extravagancia.

No sólo la soberbia tenía que levantarse contra el culto á Cristo: la avaricia, la ambición y el deleite debían, del mismo modo, hacer sentir sus repugnancias.

La avaricia, para dispensarse de inmolar á un Dios crucificado su amor á las riquezas; la ambición, para no estar obligada á renunciar á esa sed insaciable de honores y dignidades; el deleite, para sustraerse al sacrificio de los instintos que le lisonjean, de las inclinaciones que le seducen y que le arrastran.

Durante cuatro mil años esas pasiones rehusaron reconocer al Dios verdadero, para escapar al yugo de la ley.

Esas mismas pasiones se rinden después á los pies de un crucificado para adorarle, inmolarse

por El, admitir su autoridad y practicar sus preceptos.

Y lo más extraño es, que las pasiones humanas así se sometieran, cuando el culto á Cristo no las favorecía, como las favorecía el culto de los ídolos: lejos de ello, Cristo las combatía sin descanso y sin tregua.

Si, pues, á pesar de las pasiones interesadas en rechazar su divinidad, Cristo ha podido hacerse adorar por el mundo civilizado, síguese que Cristo es Dios ó que esta adoración general y perpetua es un fenómeno inexplicable, un efecto sin causa, y entonces, la lógica carece de reglas, el sentido común se convierte en una locura, la humanidad es víctima de una ilusión fatal, de una alucinación sin nombre y sin salida.

La adoración á Cristo, humanamente hablando, no sólo era repugnante al sentido, contraria al orgullo y adversa á las pasiones, sino que encontraba obstáculo aun en los más nobles sentimientos del corazón, en el sentimiento mismo de la virtud, en ese fondo de piedad de que los hombres jamás han podido desprenderse enteramente.

Si Cristo no fuera Dios, nada habría más impío que adorarle como al Dios infinito y omnipotente.

El mahometismo sería menos malo, porque al fin Mahoma no se hizo adorar como Dios: el paganismo sería menos impío, porque los paganos ponían sobre sus ídolos una divinidad superior que gobernaba el mundo con el concurso de dioses subalternos.

Y, sin embargo, dieciocho siglos, trescientos millones de hombres, no han cesado de adorar á Cristo, como al Dios omnipotente, infinito y eterno.

Si Cristo no fuese Dios, el cristianismo sería más asombrosa impiedad y de ella habrían salido frutos de piedad adorable, el heroísmo de la virtud, el heroísmo de la pureza y el heroísmo de la caridad.

Esa colosal idolatría habría engendrado diez y ocho siglos de fe, de abnegación, de honor, de generosidad, de ciencia, de luces, de progreso, de civilización, de dignidad, de perfección humana.

Tanta locura aterra, tanto escándalo espanta.

La verdad existe, la virtud existe, Dios existe luego Cristo es Dios.

No hay verdad en el orden metafísico, en el orden físico y en el orden moral que se presente al espíritu humano con un encadenamiento de pruebas tan poderoso, como la divinidad de Cristo.

Cristo nació como Dios, habló como Dios, obró como Dios en el orden físico, en el orden intelectual y en el orden moral.

Cristo obró como Dios en el orden social, porque, al recurrir á los medios humanos, supo fundar una sociedad religiosa que ha vencido al espacio y al tiempo, á los hombres y á las cosas.

Cristo murió como Dios y resucitó como Dios, porque anunció su muerte y salió de la tumba como él había predicho por su poder y su virtud propia. Cristo, en fin, ha reinado como Dios sobre las inteligencias, por la fe; sobre los corazones, por el amor; sobre las almas, por un culto de adoración universal y perfecto.

Sería necesario dudar de todo, desesperar de todo, negar todo, si se niega la divinidad de Cristo. Si hay bajo el cielo una verdad cierta, brillante, incontestable, es que Cristo es Dios.

LA IGLESIA IRREPROCHABLE TESTIGO DE LA DIVINIDAD DE CRISTO

Demostrado que los Evangelios son veraces y auténticos, hemos podido patentizar, á la luz que